

Patricio de Belén, el capataz de Carlos Alberto Mayo. Una evocación desde la Banda Oriental

Tomás Sansón Corbo

Introducción

Voy a comenzar con una evocación personal. En última instancia, de eso se trata este libro, de compartir una guirnalda de recuerdos en torno a Carlos Mayo, formador de investigadores y referente de la historiografía colonial latinoamericana. La primera noticia que tuve del texto sobre Patricio de Belén fue por el mismo Carlos, quien me envió un ejemplar fotocopiado de la versión publicada en *Todo es Historia*.

La publicación llegó a mi domicilio en un paquete con una carta proveniente de Burzaco, con fecha del 3 de agosto de 1995. En esa misiva, que guardo con inmenso cariño, decía, entre otras cosas:

Algunos colegas que han leído este trabajito me aseguran que les ha gustado (...) pero otros callan diplomáticamente su opinión para no decirme simplemente que no les ha agradado, más aún, que probablemente lo desaprueban. Como le decía, al final lo metí a Artigas y me tomé la libertad o la abusiva confianza de llamarlo por su nombre de Pila, esto es José Gervasio. Un lector uruguayo que no conozca al autor puede sin embargo sospechar que éste es un argentino o peor aún, un porteño, por

la confianza que se ha tomado con Artigas. Vaya en mi defensa, estimado Tomás, estas dos observaciones o descargos, 1) Artigas me parece una de las figuras más interesantes de la emancipación americana; 2) me propuse además, despistar por un momento, al lector haciéndole creer que el autor de esta biografía era en realidad un contemporáneo del negro Patricio y alguien del círculo, sino íntimo por lo menos próximo del gran caudillo uruguayo y además, claro está, un simpatizante suyo (Mayo, 1995).

Es interesante la referencia de Carlos a “despistar por un momento” al lector. Creo que una de sus máximas virtudes fue, precisamente, la capacidad para desorientar a sus lectores y a sus colegas. Lo hizo, y en esto sigo a Raúl Fradkin, apelando a una singular inteligencia para explotar “las posibilidades de las fuentes judiciales”, plantear “temas y problemas renovadores”, descubrir detalles “aparentemente nimios” que le permitían mostrar algún elemento “capaz de atrapar la atención del lector y llevarlo a pensar en torno a problemas significativos y cardinales para la comprensión e interpretación histórica” (*Fradkin, 2010, pp. 17-18*).

El artículo sobre Patricio de Belén es, efectivamente, un trabajo que despista al hipotético lector acostumbrado a estudios sobre sujetos colectivos y a tratamientos más convencionales de los insumos heurísticos. Mayo aplica, en opinión de Fernando Remedi, un “deliberado enfoque microhistórico”, que consiste en la “reconstrucción fragmentaria y en buena medida indiciaria” (Remedi, 2015, p. 44) de la biografía de un esclavo que llegó a ser capataz mayor.

Es mi propósito compartir algunas reflexiones sobre el carácter innovador y disruptivo de este ensayo de historia social. No pretendo realizar sesudas valoraciones críticas —no es el marco apropiado para hacerlas—; simplemente deseo aportar algunas cavilaciones sobre su originalidad teórico-metodológica.

El capataz y el historiador

En “Patricio de Belén: Nada menos que un capataz”, Carlos Mayo reivindica el carácter narrativo e intimista de la historia. Su pluma alcanza alto vuelo. La trama argumental está expuesta con estilo sobrio pero con algunos destellos pintoresquistas que contribuyen a la correcta intelección de problemas, paisajes, caracteres y situaciones. El narrador establece un diálogo intimista con el alma del personaje y comparte su peripecia —de manera susurrante y cómplice— con el lector de turno. Carlos se regodea en el detalle, bucea en las intenciones y especula sobre causas y consecuencias.

La elección de cualquier tema y de las estrategias expositivas para desarrollarlo nunca resultan ingenuas. Asimismo, el contexto de producción condiciona el proceso creativo y la presentación de los resultados de la investigación. ¿La vida del autor influye en la elaboración de la obra? Parece indiscutiblemente que sí, pero no es menos cierto que la obra puede influir en el autor.

En sus indagaciones, Carlos evidenció una fuerte empatía con los sectores populares. Agudizó el oído para escuchar en el archivo las voces, lejanas y susurrantes, de los marginados de la historia. Cabe preguntarse si el autor encontró a Patricio, o si fue a la inversa. Tal vez —al menos eso me gustaría creer— se cruzaron por casualidad en el silencio del archivo y empatizaron mutuamente.

¿El historiador solo cuenta la vida del capataz, o también se cuenta a sí mismo? Es obvio que no tengo respuestas claras, solo especulaciones. Me atrevo a formularlas porque, justamente, el Maestro nos invitaba a ser audaces y a poner en juego la imaginación histórica. Como Patricio, Carlos fue un hombre respetado y diestro en su oficio. Buscó “superarse”, procuró construir “una vida llena de sentido”, experimentó grandes alegrías y dolorosas frustraciones. Al igual que el capataz de la estancia de Las Vacas, debió distribuir tareas, organizar “faenas” y enfrentar las “jaurías” —en este caso académicas— que estaban al acecho.

En el acto de narrar, el historiador se expone de formas diversas. En ocasiones inconscientemente, en otras de manera deliberada y explícita. En este ensayo, Carlos explica su metodología y las razones de la elección del tema. Esboza, además, algunas de sus convicciones más profundas sobre la historia colonial rioplatense.

En el primer párrafo describe la excepcionalidad del personaje, su deseo de conocerlo y las fuentes en las que encontró las pistas para reconstruir su vida. Pretendía, simplemente, contar la vida del esclavo, “capataz mayor”, Patricio de Belén. Reconstruye, a través de Patricio, el universo material y existencial de los sectores subalternos de la sociedad tardo-colonial rioplatense.

Parecía sentirse cómodo dialogando con los “pobres” y con los “descastados”, interpretando sus códigos y aprendiendo de sus estrategias de supervivencia. ¿Tenía la pretensión de resucitar a esos personajes, de devolverles —a través del discurso— una existencia olvidada? Es posible. Compartía con Jules Michelet el gusto por tentar la resurrección del pasado, de la vida pretérita; y procuraba hacerlo de forma integral, sin desdeñar nada de lo humano.

En este trabajo nos advierte que en la biografía de este personaje hay múltiples “puntos oscuros” (Mayo, 1997, p. 598). Sin embargo soluciona tal problema metodológico apelando a la deducción cronológica, a la utilización de fuentes alternativas y al sentido común. Carlos tenía una habilidad envidiable para articular el rigor documental con la especulación racional cuando las fuentes callaban. Imaginación histórica al servicio de la reconstrucción de un itinerario biográfico. De esta forma, por ejemplo, especula sobre la posible fecha de nacimiento del esclavo y describe minuciosamente las faenas que realizaba en el establecimiento rural.

La narración va develando la posición de Patricio en la estructura estamental de la sociedad rioplatense, su estatus en la hacienda y la integración de su familia. Es muy interesante el análisis de las tensiones y enfrentamientos que existían entre las personas y grupos

que convivían en la estancia, así como de los vínculos de los administradores con los propietarios del establecimiento (los miembros de la Hermandad de la Caridad) residentes en Buenos Aires.

El texto bascula, acompasadamente, entre el registro descriptivo y el analítico. Cuando Mayo se refiere a “El mundo de Patricio”, esboza un cuadro pintoresquista de la estancia.¹ La enumeración de datos objetivos –extensión del establecimiento, número y calidad de los trabajadores– es animada por trazos de color que informan, por ejemplo, sobre “los manchones de monte” que se recortaban en el horizonte y “salpicaban la heredad” (Mayo, 1997, p. 599). Mediante trazos esquemáticos, pero cargados de significación, evoca una imagen para representar, en la imaginación de sus lectores, las vastas llanuras de la Banda Oriental. Apela a una paleta de colores diversos para pintar un cuadro vivo y dinámico de las personas y de las cosas que integraban aquella unidad productiva, el escenario donde se desarrolló la vida del protagonista.

Carlos procura penetrar en el alma del personaje, comprenderlo. Ensayo un verdadero retrato psicológico de Patricio e identifica sus rasgos de personalidad (miedos, esperanzas, estrategias de supervivencia, inteligencia). Lo hace a partir de la información explícita que brinda la documentación y a través de sus acciones concretas. Apela, para ello, a diversos recursos. Plantea, por ejemplo, un contrapunto

¹ “La estancia de Las Vacas estaba entonces en poder de la Hermandad de la Caridad, una institución de beneficencia porteña regentada mayormente por comerciantes que costeaba y administraba el Hospital de Mujeres de Buenos Aires y una casa de niñas huérfanas. Había por lo menos siete puestos más en ese vasto fundo rural de unas 40 leguas, puestos donde pastaban inmensos rebaños de vacunos mansos y alzados. Allí se los sacrificaba para extraerles el cuero, la grasa y el sebo que luego se vendían en el mercado. También estaba la umbrosa huerta donde se erguían numerosos árboles frutales y menudeaban las hortalizas y la chacra donde asomaban los trigales. Recortándose en el horizonte, podían divisarse los manchones de monte que salpicaban la heredad. Jaurías de perros cimarrones corrían por aquellos campos que lindaban al oeste con el Río de la Plata, con el arroyo de Las Vacas por el norte y con el Río San Juan por el sur, en la Banda Oriental” (Mayo, 1997, p. 599).

entre la conducta del capataz con la de Lorenzo, uno de sus hermanos: “su contracara”, un esclavo “rebelde y huidor” (Mayo, 1997, p. 598), que no aceptaba las reglas del sistema.

Una de las proposiciones centrales de la trama radica en la certidumbre de que la vida de aquel esclavo estuvo “llena de sentido”, a pesar de las duras condiciones de existencia. Mayo examina las estrategias que utilizó para negociar con los propietarios un cambio de categoría, que implicaba la posibilidad de comprar su libertad y asegurar su futuro. Analiza las emociones que lo embargaron una vez logrado el objetivo. La alegría y satisfacción estaban mitigadas por el temor a no ser capaz de cumplir con su parte de lo pactado.

Son muy interesantes los párrafos “Ser capataz” y “Los trabajos y los días”. En ellos prima la referencia objetiva de los “privilegios” que obtuvo Patricio y de las múltiples y complejas tareas que debió asumir. Hay una pormenorizada descripción de las diversas faenas del campo y de las habilidades que requerían.

El capataz mayor manejaba e instruía a sus hombres. La larga experiencia de trabajo le había dado la perspicacia para reconocer quiénes eran más aptos para laborar en el establecimiento y en qué tareas se desempeñaba mejor cada uno.

El estudio sobre el capataz le permite al historiador ensayar la operatividad de sus convicciones epistemológicas sobre el rol del individuo en la historia y aplicar una preceptiva metodológica de carácter comparativo (entre la situación de los esclavos radicados en espacios dedicados a las explotaciones ganaderas y la de los que moraban en las plantaciones de azúcar).

El individuo en la historia

La peripecia vital de Patricio le sirve a Carlos como punta de iceberg para estudiar un tema mayor: la situación de los esclavos en un sitio concreto de la frontera ganadera rioplatense a fines del período colonial, la Banda Oriental. A través de la biografía de un esclavo

pretende explicar las prácticas productivas y el funcionamiento de la sociedad estamental de la época.

Reivindica la pertinencia de los estudios biográficos como instrumento para comprender las dinámicas que pautan el devenir de un colectivo, en este caso el de los esclavos. Los “trabajos y los días” de Patricio ilustran sobre las actividades, los sufrimientos, los anhelos y las condiciones de vida de sus congéneres. Se trata de seguir un itinerario personal que abre una ventana interpretativa para intuir fenómenos de mayor alcance y envergadura.

Mayo se enfrenta a un viejo problema de discusión teórica, el vinculado con la tensión entre voluntarismo y determinismo en relación con el protagonismo histórico, y toma posición ante el intrínquilis. Por un lado, destaca las virtudes y destrezas propias del personaje, las que le permitieron sobresalir y destacarse. Por otro, reconoce los condicionamientos a los que estaba sometido, las “variables” inevitables –normas jurídicas, tradiciones, hábitos– que constreñían su existencia.

Munido de sus habilidades naturales, Patricio fue capaz de sobrevivir y superar varias de las limitaciones de aquella sociedad. Fue un hombre que se hizo a sí mismo, supo destacarse gracias a su astucia, capacidad de trabajo, energía y profundo conocimiento de las tareas que debía ejecutar. Era inigualable en las faenas del campo y en el manejo de peones díscolos.

Estaba orgulloso de ser capataz mayor, era consciente de que pocos lo igualaban en el arte de domar potros, parar rodeo, marcar ganado, vigilar rebaños y dar órdenes a peones que no conocían el miedo ni practicaban la sumisión. Tomaba su trabajo en serio y laboraba bien, eso lo hacía sentir útil y daba sentido a su vida. Por supuesto, no se cansaba de recordar sus servicios a la hermandad y de proclamarle su lealtad en una actitud que, en su caso, era algo más que esa estrategia de autojustificación en que solían caer mayordomos y capataces que tenían cuentas que rendir y responsabilidades que asumir. Patricio era un esclavo oprimido, pero como

otros esclavos no se dejó ganar por la opresión, no se entregó inerte a su suerte. Era un esclavo, sí, pero no por eso se sentía poca cosa. Supo abrirse camino y ganarse el respeto de todos; luchó por vivir y sobrevivir y lo logró sin abandonar los que parecen haber sido códigos de conducta y de vida que hizo suyos (Mayo, 1997, p. 616).

Era un “capital” muy valioso para los propietarios de la estancia. Ello explica que le toleraran, en más de una ocasión, actitudes de altivez (por ejemplo, cuando alguno de los administradores del establecimiento osó difamarlo). Convencido y orgulloso como estaba de sus habilidades, no titubeó en defenderse y reivindicar su trabajo. Por otra parte, a los dueños les convenía congraciarse con él pues gracias a sus informes podían controlar mejor a los administradores. Apreciaban su lealtad y capacidad de trabajo.

Carlos fundamenta la pertinencia de su abordaje metodológico. Planteaba que gracias al conocimiento de la vida de Patricio, obtuvo la suficiente información para entender mejor el funcionamiento de la sociedad y la economía ganadera de fines del período colonial en el Río de la Plata. Valoraba positivamente el interés por rescatar las peripecias vitales de hombres y mujeres comunes; tendencia irreversible de la historiografía latinoamericana que tenía, entre sus principales exponentes, a David G. Sweet y Gary B. Nash (*Lucha por la supervivencia en la América colonial*, 1987) y a William Beezley y Judith Ewell (*The Human Tradition in Latin America: The Twentieth Century*, 1987), entre otros.

La lección de historia comparada

Raúl Fradkin advirtió con sagacidad que “el modo de hacer historia social [de Carlos Mayo] no puede entenderse sin atender a otro rasgo de su producción: sus usos de la historia comparada”. Lo advierte, tomando en cuenta “algunas de sus iniciativas editoriales dedicadas a analizar las realidades históricas argentinas y chilenas pero también

otras más inesperadas, como eran las de las pampas y el Canadá” (Fradkin, 2010, pp. 20-21).

En el ensayo que nos ocupa, Carlos contextualiza y describe la vida de Patricio en el marco de la economía pastoril rioplatense tardo-colonial. Luego compara esa situación con las condiciones de trabajo y existencia de los esclavos en los cañaverales de Bahía y Cuba:

Patricio no venía del hacinamiento del barracón, de la opresión de las senzalas, de las regimentadas cuadrillas; en el rígido y estructurado mundo de la plantación donde sin embargo tampoco faltaron capataces esclavos, acaso no hubiera podido llegar tan lejos, tan lejos en todo sentido. Sin duda, la vida en la estancia no era un lecho de rosas; allí también sonaba el látigo y se esperaba la sumisión, pero la ganadería requería hombres de a caballo, con cierta capacidad de iniciativa y libertad de movimiento. En fin, la estancia misma hacía que sus esclavos se convirtieran, por momentos, en algo así como gauchos con amo conocido, o poco menos. Y Patricio era hijo de ese ambiente pastoril de la frontera que fue la Banda Oriental a fines del orden colonial (Mayo, 1997, p. 615).

La vida de Patricio estaba condicionada por las exigencias del tipo de explotación en que laboraba. Podía alardear de cierta autonomía vital pues, en la inmensidad de los campos rioplatenses, los esclavos estaban de alguna manera “un poco librados a su suerte” (Mayo, 1997, p. 615). El trabajo en las haciendas determinaba que tuviera que cabalgar por las vastas llanuras, convivir con los gauchos y utilizar para sus faenas esa “herramienta” tan propia de los mismos, el cuchillo. El contrapunto entre la plantación y la hacienda ganadera le permite al autor describir en profundidad las condiciones de existencia de los esclavos en dos modelos de explotación productiva.

Conclusión

Por todo lo expuesto, considero que este ensayo tuvo un carácter innovador y disruptivo en la historiografía rioplatense y latinoameri-

cana. Es un trabajo en el cual Carlos se muestra en su plenitud, como un historiador completo: inteligente a la hora de problematizar el pretérito, riguroso en el tratamiento de las fuentes y hábil expositor de los resultados de sus indagaciones. Nos presenta una historia “pequeña”, personal (hasta menor, si se quiere), que se desvanece en la historia mayor, la de la sociedad y de los líderes que son reconocidos con letras de molde en los anales del pasado. Así se aprecia, por ejemplo, en el cierre –casi– crepuscular de la narración.²

Traza con maestría un retrato psicológico de Patricio. A pesar de vivir “traumáticamente su identidad racial” –según deduce de su correspondencia, en la que se autodefine como un “pobre negro” (Mayo, 1997, p. 603)– tuvo la suficiente inteligencia y habilidad para superar las duras circunstancias que su condición jurídica le imponía. Ser capataz era mucho más que tener autoridad y algunos privilegios materiales: era una forma de sentirse espiritualmente libre. El logro en sí mismo contribuyó a dotar de sentido a su vida, fue una manera de realización ontológica.

² “El rastro de Patricio empieza, a partir de entonces, a borrarse y pronto no sabremos nada de él. Parece que su esposa murió y él volvió a enamorarse. Años más tarde, en efecto, cuando había pasado acaso largamente los cincuenta años, lo vemos con ganas de volver a casarse. Una vez más su esposa sería una mujer libre, y no debió ser por casualidad. Corría el año 1805. Aún podía verse al ya legendario capataz mayor negro dirigir las recogidas de ganado alzado, allá a lo lejos, donde casi no alcanzaba la vista. Qué pasó después, cuándo y dónde murió son cosas que probablemente nunca sabremos. Quizá Artigas se cruzó en su camino y acabó siguiéndolo como tanto desheredado de la campaña oriental, porque es mentira que a José Gervasio solo lo acompañaron los estancieros. A lo mejor murió solo, olvidado y todavía esclavo. Nada hemos sabido después de aquella tarde de 1805 en la que el administrador lo menciona por última vez en la documentación de la estancia. Acaso sea mejor así, en todo caso estamos seguros de que el propio Patricio lo hubiera preferido así, que la última imagen que conservemos de él sea la de un majestuoso esclavo negro, ya entrado en años pero aun enhiesto, que a galope tendido repunta ganado acompañado de su sequito de oscuros e indómitos gauchos” (Mayo, 1997, p. 614).

Patricio fue un personaje muy particular en la Banda Oriental tardocolonial. Supo destacarse por su habilidad en las faenas rurales y en el trato con los estamentos superiores. Llegó a ocupar un cargo al que pocos esclavos podían aspirar. Carlos fue su aedo, supo escuchar los susurros de su voz en el silencio sepulcral de los archivos y lo rescató del anonimato de la historia. Quiero creer que el capataz mayor y el historiador se encontraron en las pampas de la eternidad y que en estos momentos nos contemplan complacidos de escuchar estas evocaciones sobre sus trabajos y sus días.

Bibliografía

- Carta de Carlos Mayo a Tomás Sansón Corbo. Burzaco, 3 de agosto de 1995. Archivo personal del autor.
- Fradkin, R. (2010). *Adiós Maestro, Carlos Mayo (1947-2009)*. *Andes* (Salta), 21, 15-22.
- Mayo, C. A. (1997). Patricio de Belén: Nada menos que un capataz. *The Hispanic American Historical Review*, 77, 4, 597-617.
- Remedi, F. (2015). Restos, rastros y rostros en la historia social argentina en las décadas de 1980 y 1990. En F. Remedi (comp.), *Las fuentes documentales en la historia social latinoamericana* (pp. 29-48). Córdoba: Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos Segreti, Red Internacional de Historia Social.